



(Dibujo de Fernando A. Quirós)

Siluetas de la Maternal

¡Dios mío! ¡qué pequeños son! ¡Qué mirrusquillas, son los alumnos de una Escuela Maternal!

—¿Cómo te llamas?

—Zizi.

No adelanto nada.

Felizmente apareció la señora Paulin.

—Se me ponía que te ibas a quedar en babia, me dice. Mira, aquí tienes la manera de saber si es hombre o mujer cuando no se les distingue por el nombre.

Sin esperar reflexiones, coge a Zizi por la mitad del cuerpo, con sus dos manos, lo pone boca abajo y mira la marca, como se haría con un vaso de porcelana para verle el fondo. Esta evolución fué tan rápida, que el niño no tuvo tiempo de decir, ¡ay!

—Vaya! es una niña. Y tú? Louton? Ven para ver un poco tu boletín. Crac! Patas arriba.

Así describió una docena, vuelta abajo, en menos de un minuto...

León Frapié

(DE LA MATERNELLE).

Hace unos cuantos años leí *La Maternelle* de León Frapié y entonces no me pasó por la cabeza el que tuviera que escribir algún día una página que me recordase las de ese libro.

Pero andando el tiempo, yo también he tenido que vivir entre los niños de una escuela

maternal, y muy a menudo al mirar y sentir hornigüear en torno mío estos animalitos de cuatro, cinco y seis años, me ha venido a la memoria aquella escuela maternal parisiense situada en un barrio sucio y sombrío de Ménilmontant, con su población liliputiense que que se mueve sobre un fondo desolado.

Nuestra Escuela Maternal está en San José, frente a la Plaza España. Hace cinco años que funciona en una vecindad de gentes acomodadas, cerca del barrio en donde ondula la inutilidad y el ocio de los diplomáticos.

La escuela se abrió con la intención de que sirviera a los hijos de la clase trabajadora, pero en vez de hacerlo en un vecindario popular, se hizo en un lugar alejado más bien de cualquier centro pobre. El Gobierno que así lo dispusiera no tuvo en cuenta el servicio que iba a prestar el establecimiento, ni el que los niños de cuatro y cinco años que iban a concurrir a él tendrían que hacer largos recorridos a pie. No, otras fueron sus miras que nada tenían que ver con los intereses de los niños, pero a qué insistir sobre estas tonterías de los Gobiernos?

La casa es de madera, fea, baja, mal aireada y mal alumbrada. El Presidente de la República, el Ministro de Educación y los señores Diputados que la han visitado convienen

en que merece adjetivos desacreditadores, pero no pasan del adjetivo despectivo al hecho ennoblecedor, y los dioses saben cuánto tiempo más tendremos que estar melidos entre estos muros poco hospitalarios.

En otro tiempo estas paredes limitaron un salón de patines; después que el Gobierno compró la propiedad, echaron divisiones para hacer las salas en donde nos movemos. No hay un milímetro de patio, más cuando llueve fuerte, la construcción permite que toda el agua del buen Dios se meta por el techo, y entonces hay que andar entre la casa con el paraguas abierto y los pies chapaleando agua.

A mí los niños no me parecen más interesantes que los adolescentes, los jóvenes o los viejos. En los niños tiene más campo la esperanza y en los otros no; sin embargo, la experiencia de los adultos es tan interesante como la falta de experiencia de los niños.

A veces, cuando los sorprendo acusando por envidia o con sus pequeñas intrigas, me hacen pensar en los renacuajos que se están convirtiendo en sapos.

Muy a menudo me recuerdan gentes que conozco: Juancillo, ya cerca de los seis años, quien siempre se las arregla de modo que algún compañero le sirva de caballo y lo cargue a cuestas, girá a ser cuando

grande como el viejo vicioso mi vecino que nunca ha trabajado y que toda la vida ha encontrado quien lo mantenga a él y a su vicio del guaro: primero su madre y después la tonta de su mujer? Julia la chiquilla de hocico de gato, pedigüeña y comodidosa como cierto caballero de mi conocimiento que ha conseguido del Estado no sé cuántas pensiones por no sé qué servicios imaginarios sumamente importantes. Andrés, escurridizo y hábil quien para conseguir lo que desea maltrata a los más chiquillos o le sirve de caballo a Juancillo, no sería raro que llegara a ser un abogado tan importante como aquel señorón que ha ido vendiendo en adarques su conciencia con tal de tener casa magnífica, automóvil y ser socio de un club de buen tono. Y esta pobre Chayo, tan maternal con sus hermanitos, con los músculos flácidos y marchitos a los seis años como tantas mujeres que vienen a la escuela por asuntos de sus chiquillos, flacas y exprimidas por los continuos partos y la miseria. Y Matilde, chismosa y enredista como cualquier dama o comadre chismosa y enredista. Es el estar entre los niños lo que me ha llevado casi a la certidumbre de que este mundo no tiene redención.

Lucía: cinco años, paliducha, menudita, chiquitilla, con los ojitos pequeñitos, redonditos, vivos, como los de un ratoncito; la nariz aplastada del específico. Cuando la he visto desnuda en el baño, me invade una piedad infinita al ver los huesos puntiagudos que levantan la piel amarillenta comida de pulgas. Se le pueden contar las costillas, y los omoplatos asoman en la espalda como alas atrofiadas.

Es alegre a pesar de su miseria.

Los niños sí que son optimistas y estoicos sin haber oído hablar de Epicteto ni de aquellos consejos de Ruskin de saber contentarnos con la única nota que suena bien en nuestro clavicordio o con la única estrella que se puede divisar de nuestra ventana. La muchachilla se pasa cantando como no lo hace la niña de pa-

dres ricos que también asiste a la escuela.

En las mañanas es una gloria oírle entre el baño. Abre la llave de aspersión y al punto entre el ruido fresco del agua, sube, juguetea, brinca como una ardilla en un árbol, la vocecita frágil y bien timbrada que entona alguna de las canciones de moda:

Pajarillo barranqueño

qué bonitos ojos tienes
lástima que tengas dueño...

¿Y a la hora de tomar la leche?

Pues entonces, con la taza entre las manos, levanta el hociquillo y comienza a gorgear:

Señores, no han visto
una paloma que voló del palomar...

Los otros se contagian y se forma un coro.

La voz de Lucía va al frente de la tropa de voces infantiles con una bandera de sonidos al hombro, de sonidos de un azul transparente que ondulan, ondulan...

Esta Lucía es una exhibidora terrible. A sus cinco años, todos sus movimientos—sobre todo cuando hay hombres presentes—son estudiados. Quiere ser en todos los momentos el centro de las miradas.

Un día de estos se pavoneaba entre un círculo de compañeros que la miraban payasear.—Yo vivo en el Callejón de la Puñalada—les decía guiñando un ojo con la malicia con que lo haría una cupletista consumada.

La madre es una mujer joven, menuda. Se parecen mucho físicamente: la misma nariz leonina, los mismos ojillos redondos. El año pasado era vendedora ambulante de tostes. A la hora de los recreos venía a la Plaza España a dejar alguna golosina a la niña y luego se iba a hacer tidillos, hoy con uno, mañana con otro en cualquier banco. Este año está empleada en una cervecería.

La pobre chiquilla anduvo todo el día como una candela apagada. No quiso bañarse, rehusó la taza de leche y por fin la encontré dormida, con

la cabeza descansando en su mesita. Le toqué la frente y la sentí ardiendo. Le puse el termómetro: 39.

No se podía mandar a la casa porque la madre estaba en el trabajo y dejaba atrancada la puerta. La acostamos en un petate y la envolví en mi delantal. Se duerme de nuevo. De este montoncito humano se desprende una sensación de desamparo, una petición muda... Es algo inefable. La sensación se atarga, se alarga, me alcanza, se mete en el corazón, se agarra a él. Ahora no sé si el montoncito humano está en un rincón de la pieza o dentro de mi alma.

Hace tres días que Lucía no viene a la escuela.

Se va a ver cómo sigue.

¡Qué casa, Dios de los ángeles y de los serafines!

Un basurero, y en un rincón la casa llena de chucas sucias y entre los chucacas la pobre ardiendo en calentura. Y solita, al cuidado del buen corazón de los vecinos. Sobre el asiento de una silla renca, un jarro de lata con agua por sí le da sed. La madre se va al trabajo desde las siete de la mañana; vuelve a las once a hacer el almuerzo y iragarse los bocados porque a las doce tiene que estar en la cervecería, y después hasta las cinco, si no es que se le presenta en el camino algún amorio.

La niña lleva puesto en la cama el trajecito que le ví en la escuela el último día. Está sucio, lleno de manchas de pulgas. Preguntamos por las camisas de dormir y nos dice que se perdieron.

Así pasa a menudo. La escuela da a los niños que lo necesitan dos camisas de dormir de manta, y se les recomienda que se quiten en la noche toda la ropa conque andan en el día, pero hay muchas madres sucias y dejadas que por no lavar dejan pudriéndose las prendas.

Sobre una mesa cubierta de polvo, de cáscaras de naranja y de papeles manchados de grasa había un pedazo de espejo, una caja de polvos y un lápiz de pintarse los labios. (Ahora recuerdo que un domingo encontré a Lucía muy flamante, bien empolvada, con

las mejillas embarradas de colorete y los labios pintados).

¡Cuánta burla había en esa puntita roja que salía del tubo de metal! Hacía pensar en la lengua maliciosa de un diablillo que asomara a hacer mofa de la caridad, de la filantropía conque la gente que la pasa bien, se adorna para ser grata a los ojos de sus dios y de sus santos.

Llega la vecina que ha quedado encargada de la niña y nos cuenta cosas, entre otras, que la madre de Lucía organiza representaciones los domingos por la noche, en las cuales todas las partes están a cargo de Lucía. Ella baila foxes, tangos y cantó. ¡Qué memoria de chiquillo! Se sabe todas las canciones de la vitrola de la pulpería de la esquina. Todos los hombres le dan plata y ha habido vez de juntar cinco colones.

La lengüilla roja hace guiños entre la suciedad de la mesa.

¡Este Dios sí que es un sembrador caprichoso! Arroja las simientes humanas entre pedregales, entre la cizaña, y unas pocas, ¡pero cuan pocas! en terreno propicio. Y después los moralistas quieren que el mundo esté habitado por personas honorables.

Luisillo Vindas

¡Este Luisillo Vindas que todavía no ha mudado los

dientes, y por las experiencias que ya ha tenido que pasar!

Un día la madre manda a decir que el niño no podrá asistir a la escuela en las mañanas.

Pregunto a l'u sillo la razón.

—Porque ahora mi papá está tomando y tengo que cuidarlo—me responde mirándome con sus ojillos torcidos que le dan un aire triste.

—Y por qué no lo cuida su mamá o sus hermanos mayores?

—Porque todos tienen que irse a trabajar.

—¿Por qué tiene que cuidarlo Ud. Luisillo?

—Para que no robe.

Hablo después con la portera que es vecina de la familia de Luisillo y me cuenta la tragedia del niño.

Ahora me explico rasgos de su carácter: los pescozones que reparte a diestra y a siniestra, su vocabulario soez, la grosería con que trata muebles y juguetes.

No habíamos podido darnos cuenta de las condiciones del hogar porque como madre e hijos trabajan fuera de la casa, encontramos siempre la puerta cerrada.

El padre es zapatero, un buen trabajador mientras no bebe, pero cuando coge una tanda se vuelve loco. Roba en la casa y en donde puede, para venderlo y tener con qué darle gusto al vicio. Lo vende todo: la instalación eléctrica, las ollas, los vestidos de la

mujer y de los hijos, las planchas, la escoba. Por un diez, por una peseta. El mismo vende sus zapatos, la chaqueta y se queda descalzo y en camisa.

La madre ha decidido que el niño, el único que no gana, se quede en la casa cada vez que el hombre anda de parranda, pie a pie tras él, espiándolo para ver qué coge y dónde lo vende. Así, después pueden ir a rescatar algunos objetos. A veces el borracho golpea al niño porque lo acusa.

Dicen que un día lo obligó a tomarse medio vaso de ron y que daba no sé qué ver al muchachito tirado en media sala, ebrio y echando babas por la boca. Una de estas tardes llegó Luisillo Vindas más grosero que nunca. Golpeó a varios y a uno le sacó la sangre de la nariz.

Decía Nina, la portera, que en la noche anterior se desarrolló un drama en la casa del muchachito. El hijo mayor también se embriaga y llegaron padre e hijo borrachos. Se pusieron a insultarse y por último se agarraron. Cuentan que ambos rodaban por el suelo rugiendo como dos bestias, dándose de bofetadas. Después el hijo buscó un cuchillo para matar a un hermano y luego suicidarse. La madre estaba con un ataque de nervios dando gritos y como a las diez de la noche andaba Luisillo Vindas corriendo por las calles, en busca de la policía.

CARMEN LYRA

GRAN HOTEL METROPOLI

CANTINA MUY BIEN SURTIDA

MAGNIFICO COMEDOR

(Frente al Banco Anglo)

VICTOR CESPEDES D.

Apartado 1193 - SAN JOSE - Teléfono 2861